

todo lo atraeriais á vos ; vedme aquí , Señor , pronto á seguiros ; cumplid en mi vuestro oráculo ; no os resistirá ya mi corazón : vos habeis muerto por mi ; justo es que , por lo menos , yo no viva mas que para vos.

Todo es misterioso en la historia de la pasión ; pocas circunstancias hay que no encierren algún misterio ; muchas menos que no sean alguna instrucción. Trátase , pues , de dar aquí el sentido moral ó alegórico de ciertos pasajes de esta historia sagrada , según la explicación de los santos padres y de los más sabios intérpretes. Estas cortas interpretaciones se han reservado hasta aquí para no interrumpir el hilo de la historia.

Aunque el alma de Jesucristo gozó continuamente de la bienaventuranza , y vió á Dios intuitivamente , esta visión beatífica no impidió el que sintiese verdaderamente aquella tristeza excesiva , aquel temor , aquel tedio mortal de que hablan los evangelistas. Todos estos movimientos le eran libres , y él mismo los hacia nacer ; pero quiso sentir toda su amargura , reservando todo el alivio para aquellos que en lo sucesivo debían padecer por su amor.

Cuando el Salvador dijo á su Padre que , si era posible , pasase lejos de él aquel cáliz , no ignoraba que su muerte estaba resuelta en los decretos eternos de Dios , y el mismo había suscrito voluntariamente á ella ; ni es esto arrepentirse : la voluntad humana no está aquí opuesta á la voluntad divina. El Salvador solo deja aparecer la repugnancia que todo hombre tiene naturalmente á los tormentos , y que Jesucristo sintió con más viveza que todo hombre : prueba es de esto su sudor como de gotas de sangre

que corre hasta la tierra. Todo esto ha sido para prevenir la duda que pudiera suscitarse sobre si la naturaleza divina en Jesucristo abstraigo todo sentimiento de dolor á la naturaleza humana : el Salvador demuestra perfectamente , en todo lo que pasa en el huerto de los Olivos , que ha sentido todo el rigor , toda la amargura de los dolores con más vivacidad que hubiera podido jamás sentirla ningún hombre. La repugnancia natural de la parte inferior hace nacer el deseo natural de no padecer ; pero la sumisión perfecta de la parte superior á las órdenes de Dios , dice san León , le sobrepone al deseo de la parte inferior.

Viendo san Pedro que se apoderaban de su divino Maestro y que se le ataba , dejándose llevar de su natural fogoso y del ardor de su zelo , echó mano de una espada para defenderle , y arremetió á uno de los criados del gran sacerdote , llamado Malco , el cual , queriendo esquivar el golpe , se halló con una oreja cortada ; pero fué curado al instante por el Salvador , que reprendió severamente á San Pedro por su zelo mal entendido. No había Jesucristo enseñado á sus apóstoles á servirse de las armas , antes les había prohibido hasta el que llevasen varas. Este acontecimiento sucedió por haber interpretado mal unas palabras del Salvador , y no haberse penetrado de su verdadero sentido.

Después de haber recordado Jesucristo á sus apóstoles que mientras había estado con ellos nada les había faltado , que habían sido bien recibidos en todas partes y que habían tenido muy poco que sufrir , les había advertido que era llegado el tiempo en que carecerían de todo , y serían perseguidos de todo

el mundo. Para hacerles comprender este estado de persecucion en que debian encontrarse, se sirve, segun su costumbre, de un modo de hablar alegórico y figurado, y les representa lo que sucede en un tiempo de miseria y de guerra. Hácese entonces provision de víveres y de dinero, y nadie va sin armas. *Cuando os he enviado*, les dice, *sin dinero, sin alforja y sin calzado, ¿os ha faltado alguna cosa?* Nada, le respondieron ellos; pues ved aquí el tiempo en que va á llegar para vosotros lo que sucede en un tiempo de miseria y de guerra, en el que cada uno llena su bolsa de dinero para hacer provisiones de boca; y para esto si faltan sacos, se buscan para llenarlos de grano; del mismo modo que en tiempo de guerra se vende hasta la capa para comprar una espada á fin de tener con que defenderse. Vosotros vais á veros muy pronto en tiempos tan penosos; tendriais por tanto necesidad de las mismas precauciones y de los mismos auxilios, si vuestro recurso estuviese ceñido á los recursos humanos; pero es en mí en quien estribará todo vuestro apoyo y vuestro único recurso; y así no teneis necesidad de hacer los mismos preparativos para el tiempo de la persecucion. No impone aquí Jesucristo un precepto á sus discipulos de proveerse de armas y de dinero, solo les advierte de las miserias y de los peligros á que estarán expuestos en lo sucesivo. No habiendo penetrado los apóstoles el pensamiento del Salvador, tomaron demasiadamente á la letra lo que les acababa de decir; y esto fué lo que les hizo decir que habian preparado dos espadas. Conociendo el Hijo de Dios que no comprenderian lo que habia querido decirles hasta despues de su resurreccion, no juzgó á propósito el darles

mayor explicacion, de la cual no eran todavía capaces; por esto interrumpió el discurso, diciéndoles: *Basta*. Vosotros comprenderéis en algun tiempo que las únicas armas de que deberéis servir en las persecuciones son la dulzura, la confianza en mí y la paciencia.

Despues de todas las humillaciones á que se ha sujetado voluntariamente el Salvador, no debe parecer extraño que haya querido recibir, por decirlo así, el consuelo de un ángel; queriendo enseñar á todos los fieles, con su ejemplo, á vencer nuestras repugnancias, y á esperar de Dios el socorro en nuestras penas. No las ignora, y está pronto para socorrernos, haciendo invisiblemente con nosotros nuestros ángeles de guarda el mismo oficio que hizo visiblemente aquel ángel que vino á consolar al Salvador durante su tristeza mortal.

Queriendo el Salvador que nos penetrásemos bien de cuánta era la amargura y cuál el exceso de los dolores en que espiraba, un momento antes de morir exclamó: Dios mio, Dios mio, ¿porqué me habeis desamparado? Esta queja no es ni efecto de la desconfianza, ni una reconvenccion que el Salvador hizo á su Padre, ni una queja de la injusticia de su castigo: seria una blasfemia decir que el Salvador se ha quejado á su Eterno Padre por haberle tratado tan cruelmente, siendo como era la inocencia misma. Nada ha padecido Jesucristo que no lo haya padecido voluntariamente. Él se habia cargado libremente de nuestros pecados; él ha querido libremente sufrir toda la pena: por su propia eleccion ha preferido la muerte mas dolorosa y la mas ignominiosa, á una vida dulce y á una deliciosa prosperidad. Estas palabras son un tes-

timonio de los excesivos dolores entre que espiraba en satisfaccion de nuestros pecados. Quería el Salvador declarar por sí mismo el exceso de los tormentos que padecía, y cuyo rigor no lo endulzaba ningun milagro que embotase su punta, para havernos comprender mejor el rigor de los juicios de Dios, y lo que le costaba la obra de nuestra redencion. Puede tambien decirse que es mas bien una súplica que una queja lo que dirige aquí Jesucristo á su Padre. Padre mio, Dios mio, haced conocer á todos los hombres por qué me habeis entregado y abandonado á unos tormentos tan horribles, á una muerte tan dolorosa como ignominiosa. Haced conocer á todos los hombres la causa por qué me tratais con tanto rigor, que no es otra que sus pecados que yo he cargado voluntariamente sobre mí; y si la sola apariencia de pecado, el solo título de caucion os obliga á exigir de mí, que soy vuestro Hijo muy amado en quien teneis todas vuestras complacencias, una satisfaccion tan rigorosa, ¿qué será de ellos? Si así se trata el leño verde, lleno de jugo y sin tacha, ¿qué se hará con el leño seco? Esta expresion, *ut quid*, parece que autoriza esta última interpretacion, que es una de las mas literales y que se acerca mucho al sentido que san Cipriano da á estas palabras.

Algunos santos padres han creído que el Hijo de Dios, antes de espirar, quiso autorizar y cumplir la profecia de David, sirviéndose de las primeras palabras del salmo 21, todo el que se refiere á Jesucristo moribundo, en las que el profeta hace decir al Salvador en la cruz: *Dios mio, Dios mio, considerad el estado en que estoy: ¿porqué me habeis abandonado á la rabia de mis enemigos? Los pecados con que yo he querido*

cargarme, son los que os obligan á tratarme con tanto rigor.

La Iglesia en este dia, á ejemplo de Jesucristo, ruega solemnemente por todo género de estados y condiciones; por sus hijos fieles, como por sus mayores enemigos; estas oraciones se llaman solemnes ó sacerdotales: todas están precedidas de una genuflexion (excepto cuando se pide por los judíos), para hacerlas mas eficaces por este acto de profunda humildad. La primera de estas oraciones es por la Iglesia en general; la segunda por el papa, que es su cabeza visible; la tercera por los obispos, los sacerdotes, los diáconos, los subdiáconos y todos los demás órdenes clericales inferiores; por los confesores de la fe, por las vírgenes, las viudas y por todo el pueblo de Dios; la cuarta por el rey ó el soberano del pais donde se halla; la quinta por los catecúmenos, esto es, por los que se disponen para el bautismo; la sexta es para pedir á Dios que purgue al mundo de todos los errores, que preserve á su pueblo de las enfermedades, del hambre y de todos los demás azotes, que dé la libertad á los esclavos y á los prisioneros, que asista á los viajeros, que dé la salud á los enfermos, y haga que lleguen felizmente á puerto de salvamento todos los que están en el mar: nada demuestra mejor las entrañas de ternura y de caridad de la Iglesia nuestra buena madre; la séptima es por los herejes y los cismáticos, á fin de que Dios se digne disipar las tinieblas de su entendimiento y de su corazon, y abrirles los ojos para que vuelvan al seno de la Iglesia; la octava es por los pérfidos judíos, pidiendo á Dios que les quite el espeso velo que les tiene ciegos y obstinados, y les haga en fin reconocer por su divino Sal-

vador á Jesucristo, á quien siempre han rehusado reconocer. Esta oracion es la única en que no se doblan las rodillas, á causa de la impiedad de este pueblo, que se arrodillaba por irrisión delante de Jesucristo ultrajándole y tratándole con sus zumbonas genuflexiones como rey de teatro; la novena y última es por los paganos, rogando al Señor que destruya en todo el universo el resto del paganismo que condena todavía á tantos desgraciados pueblos á quienes el demonio tiene aun en sus cadenas.

Después de la lectura de las dos profecias y de la historia de la pasion del Salvador, que es en lo que consiste la primera parte del oficio, acabadas las oraciones solemnes que constituyen la segunda, sigue la adoracion de la cruz, que es la tercera parte del oficio de esta dia. Teniendo el sacerdote la cruz, cubierta con un velo en sus manos, descubre una parte en un extremo del altar, otra un poco mas adelante; y habiendo llegado por fin al medio del altar, la descubre enteramente, diciendo cada vez que la descubre: *Hé aquí el leño de la cruz, en el cual está clavado el que es la salud del mundo*: á lo cual se responde: *venid, adorémosle*. Esta santa ceremonia de descubrir la cruz en tres parajes diferentes, dice el abad Ruperto, significa que el misterio de la cruz, que ha sido un escándalo para los judíos, una locura para los gentiles, pero que es la fortaleza y la sabiduria de Dios para los cristianos, nos ha sido revelado después de haber estado oculto por tantos siglos; y que este adorable misterio no ha sido predicado al principio mas que en un rincon de la Judea, después públicamente en todo el país, y por último en toda la tierra. En la adoracion solemne de la cruz se hacen tres

genuflexiones, como para reparar por tres actos de religion los tres insignes desprecios, y por decirlo así, las tres solemnes irrisiones, las tres afrentas que se hicieron á Jesucristo: en casa de Caifás, en donde fué tratado como un falso profeta y un insigne seductor; en el pretorio y en la corte de Herodes, en donde fué mirado como un rey imaginario y tratado de loco; en el Calvario, en fin, en donde fué mirado como el mas perverso de todos los impostores, pues que habia llegado su temeridad hasta el exceso de atribuirse la augusta cualidad de Mesías, de Hijo de Dios y de Salvador.

El término de adoracion de la cruz es comun á los Griegos y á los Latinos desde los primeros siglos de la Iglesia, y solo desde el nacimiento de las nuevas herejias es cuando los enemigos de la Iglesia han afectado escandalizarse de él. No hay cosa mas comun entre los fieles que el saber y estar bien persuadidos que el culto supremo no es debido sino á Dios solo, y que siempre es á Jesucristo á quien se adora cuando nos postramos delante de la cruz, en la cual ha estado clavado Jesucristo. Aquel cuerpo adorable, unido hipostáticamente á la divinidad, aquella sangre preciosa con que la cruz ha sido teñida; esto es lo que constituye el objeto principal de nuestro culto. Sería una idolatría el referir la adoracion al leño en sí mismo, y separado de Jesucristo; porque el leño no es Dios, y solo Dios debe ser el objeto de nuestro culto supremo. Cuando la Iglesia dice hoy, mostrando la cruz á todo el pueblo: *Venid, adorémosla*; cuando canta: *Nosotros adoramos, Señor, tu cruz*, no pretende por estas palabras adorar con el culto de latría mas que á Jesucristo clavado en la cruz. En

otras ocasiones se ha explicado bastante sobre esto, y el atribuirle otra doctrina en esta materia, es ó ignorancia ó malignidad, y siempre una calumnia atroz. Estas palabras : *Hè aquí el leño de la cruz, en el cual está clavado el que es la salud del mundo; venid, adorémosle*, no tienen otra significacion que esta : Postrémonos delante de la cruz para adorar á Jesucristo que ha sido clavado en ella por nuestra salud. A la verdad, el término adorar en nuestra lengua parece consagrado para significar comunmente el honor y culto soberano que solo se deben á Dios; pero en latin, como en hebreo y en griego, tienen una significacion mas extensa. Significa en general postrarse ó indicar su respeto, lo cual conviene á otros que á Dios, y todos los dias nos postramos delante de los hombres sin adorarlos; la Escritura santa nos ofrece muchos ejemplos. No se ha de juzgar, pues, de la fe de la Iglesia por la palabra adorar que puede tener muchos sentidos, cuando se encuentra usada en las oraciones públicas, sino por el sentido que la Iglesia le da, y por la declaracion solemne que hace de su creencia. Ahora bien, la Iglesia ha protestado siempre que no adoraba mas que á Dios solo.

Nadie duda que la adoracion de la cruz en el viernes santo es de tradicion apostólica. Los padres de la mas remota antigüedad y los concilios mas antiguos hablan de ella como de una ceremonia piadosa establecida en toda la Iglesia. Es una práctica, dice el diácono Rústico, establecida y recibida en toda la Iglesia, el adorar la cruz del Salvador. Era esta una de las reconvenções que Juliano apóstata hacia á los cristianos. Tertuliano, Minucio Félix, san Cirilo de Alejandria, dicen que los paganos acusaban á los

cristianos porque adoraban la cruz; y en san Crisóstomo, san Jerónimo, san Leon, san Gregorio, Teodoro, y en multitud de otros padres, se hallan pruebas ciertas de la tradicion de la Iglesia en este punto. Pero; con qué sentimientos de religion, con qué respeto, y con qué afectos de amor, de contricion y de una devocion la mas tierna debemos hoy hacer esta adoracion de la cruz, y besar las sagradas llagas de nuestro Señor, puesto que somos nosotros los que las hemos abierto, y él no las conserva mas que como señales eternas del exceso de su amor á nosotros!

En muchas iglesias, durante el oficio del Viernes santo están todos descalzos, no solo los sacerdotes, los monjes y todo el clero, sino tambien el pueblo, dice Lanfranco en sus estatutos. El santo abad de Claraval (*Cave*) jamás oficiaba el Viernes santo sino con los piés desnudos; y la misma práctica se observa todavia con grande edificacion por los señores condes de Leon, y aun por el arzobispo cuando oficia, y no hay ninguno que no tenga los piés desnudos en el altar durante el oficio del Viernes santo.

PRIMERA EPÍSTOLA.

Esto es lo que dice el Señor : En el exceso de su afliccion se darán prisa para recurrir á mí : Venid, dirán, volvámonos al Señor, porque él nos ha tomado (bajo de su proteccion) y nos salvará, nos ha herido y nos curará. Nos volverá la vida dentro de dos dias, y el tercero dia resucitará y viviremos en su presencia. Tendremos la ciencia del Señor, y le seguiremos para conocerle. Se levantará como la aurora, y vendrá á nosotros como un rocío de la tarde, que cae á su tiempo sobre la tierra. ¿Qué puedo yo hacer contigo, Efraim? ¿Qué puedo yo hacer contigo, ó Judá?